

EL GRAN DIVORCIO de C. S. LEWIS

DIAGNÓSTICO Y TRATAMIENTO DE LA ENFERMEDAD ESPIRITUAL DE LA CULTURA MODERNA

INÉS DE CASSAGNE

I

DIAGNÓSTICO

En el Purgatorio del Dante descubrimos la vigencia de la liturgia como canal de la gracia para curar al ser humano, herido por el pecado, y reelevarlo a su esencial dignidad. Desde ahí resulta tentador pasar a *El gran divorcio*, obra en que un autor del siglo XX se anima a su vez a dar una visión de ese misterioso ámbito de renovación, describiendo males del hombre contemporáneo, debidos sobre todo a influencias culturales de la modernidad, y mostrando nuevos modos de remediarlos.

Clive Staples Lewis, nacido en Belfast, Irlanda, el 29 de noviembre de 1898, adquirió una formación humanista en la Universidad de Oxford, donde estudió latín, griego, literatura inglesa y filosofía. De inmediato se entregó a la carrera docente como tutor del Magdalen College y, al mismo tiempo, comenzó a revisar su postura filosófica. Casi imperceptiblemente fue virando ésta desde el idealismo al realismo, gracias a fuertes experiencias contemplativas que lo inducían a apreciar el “*intellectus*”. Esta capacidad intelectual para ponerse en contacto con lo real no era entonces admitida por él sino bajo el nombre de “imaginación”, entendida al modo de los poetas románticos, como el poder de “compartir emocionalmente esa vida común de las cosas vivientes que no se pueden comprender del todo intelectualmente”¹. Pero la admiración y el gozo que acompañaban aquellas experiencias de “contacto espiritual” con la verdad y la belleza de las cosas le serían luego confirmados por los antiguos filósofos, en especial Aristóteles. Por otra parte, la capacidad dialéctica que había desarrollado en sus estudios le permitió descubrir muchas más fallas lógicas en los sistemas ateos que en el teísmo. Así, pues, por dos caminos fue accediendo al hondo y

¹ C. S. Lewis, *All my Road before me*, the Diary of C. S. Lewis 1922-1927, edited by Walter Hooper, a Harvest Book, New York, 1992, págs. 432-3, 449.

misterioso sentido de la vida y, tras prolongado rechazo, se le impuso la realidad de Dios. Alrededor de los treinta años se completó su conversión, pues razonando llegó a la conclusión de que lo relatado por los viejos mitos acerca de dioses que bajan a la tierra se realizó de hecho en Jesucristo. De este modo puso de acuerdo su pensamiento y su imaginativa intuición, y a fines de la década del treinta adoptó la fe cristiana en el marco del anglocatolicismo: esa vertiente del anglicanismo que reconoce el dogma y la autoridad eclesial. Lewis ha relatado este itinerario en dos obras de concepción diferente: autobiográfica y directa una, *Surprised by Joy*, y alegórica la otra, *The Pilgrim Regress*. En ambos casos muestra los hitos de su costoso periplo hasta llegar a la fe, desde el agnosticismo en que viviera tanto tiempo por influjo el ambiente cultural que lo rodeaba. Las dificultades por las que pasó, y que en gran parte se debían al escepticismo de los pensadores de aquel entonces, lo hicieron apto para comprender y ayudar, a su vez, a todos cuantos se debaten en ese pantano del que resulta tan difícil salir, a no ser por obra de la gracia.

Sin duda es por esto que en *El gran divorcio* Lewis visualiza el “purgatorio” y el “infierno” más como estados del alma que como ámbitos propiamente dichos, fijos e incommunicables, y que muestra al purgatorio como emergiendo del mismísimo infierno. Hasta allí desciende un vehículo celestial, símbolo de la gracia, para ofrecerles a las almas hundidas la posibilidad de hacer un ascenso y contemplar la Realidad. Quienes la rechacen, volverán a bajar y a quedarse en su previo estado infernal; mas quienes la acojan y se queden contemplándola, terminarán por descubrir que aquel padecimiento anterior fue para ellas, no ya el infierno, sino un auténtico purgatorio. Hay en este planteo más psicología que teología, pero creo que esto es, justamente, lo que busca el autor para ayudar a sus hermanos de este siglo, más sensibles a las vivencias y sentimientos que a las formulaciones dogmáticas.

Ilusoria y frustrante autonomía

Lewis resalta la frustración, las carencias y las penurias de aquellos que se obstinan en la ilusión de la autonomía, espejismo inculcado al hombre occidental, en especial por el iluminismo. Éste consiste precisamente en pretender el hombre “iluminar” con sus ideas lo existente, contrariamente al realismo tradicional en que el hombre se deja iluminar por la verdad de las cosas y sobreiluminar por la Palabra de Dios. Decía al respecto Franz von Baader que el problema moderno plantea la opción “*illuminare versus illuminari*” (iluminar o ser iluminado).

Los personajes que va presentando Lewis son seres fantasmales y míseros, como consecuencia de haberse dado cada uno su propia regla de vida, que no era sino el modo de encubrir su caprichoso egoísmo. La desconfianza que muestran hacia todo otro criterio que no sea el suyo y el desprecio de algo distinto que se les pueda ofrecer, delata esa autosuficiencia tan característica de nuestro tiempo.

Ciertamente que esta pretensión es tan vieja como el mundo, ya que está en la raíz de la rebeldía o pecado original. Pero el iluminismo ha hecho de ello una doctrina y la ha difundido como clave de “liberación” y “progreso”, para desgracia de quienes, aceptándola, se ven por el contrario esclavizados más que nunca a sus pasiones desatadas y regresivamente disminuidos en sus facultades intelectuales y volitivas.

En su *Infierno*, Dante también revela el empobrecimiento moral y ontológico del ser humano como consecuencia del pecado, y en esto coinciden Lewis y el poeta florentino, por sus respectivas experiencias anteriores a sus conversiones. Pero a principios del siglo XIV no podía sospecharse lo que ocurriría más adelante: el rechazo abierto y sistemático de la Redención de Cristo hasta llegar la mente humana, librada a sí misma, a no distinguir más la regla moral, a confundir el bien y el mal. En la *Divina Comedia*, tanto los condenados del *Infierno* como los penitentes del *Purgatorio* denotan conciencia de pecado, pues regía entonces una neta demarcación entre el bien y el mal, así como una definida ubicación del hombre como creatura frente a Dios Creador. Estos condenados sabían que se condenaron a sabiendas, mientras que estos penitentes son tales por haberse arrepentido a tiempo acogiendo a la gracia –teniendo claro, además, que esta gracia se les ofrecía constantemente a través de los sacramentos de la Iglesia–.

Nada de esto sucede entre los confundidos agnósticos del siglo XX. Tras haber descartado la mediación de la Iglesia, Dios resulta para ellos un concepto lejano e inoperante, y su escepticismo ha terminado por borrarles la frontera del bien y del mal. Cada uno se jacta de establecer su propia regla de conducta, pero la incertidumbre acerca de la verdad en que se mantienen hace que esta definición de su mente repercuta en su voluntad: no atinan a tomar un camino acertado. Esta desorientación se ve reflejada en la obra de Lewis: los que están en el infierno ni sospechan que lo están. De allí que esta ignorancia acerca del estado de su alma pueda ser tomada retrospectivamente como “purgatorio” por los que, una vez iluminados por la gracia, se dan cuenta de aquella terrible situación y deciden cambiar: para éstos, el cambio de estado anímico significará también un cambio de ámbito vital.

Lo que Lewis logra hacer sentir es que llega siempre para cada uno el momento de tomar una decisión y que de ésta depende, o bien llegar a ser pleno y feliz, o bien quedar definitivamente frustrado e infeliz. Hace patente también que esta decisión libre no podría darse sin la intervención de la gracia divina. Pero sugiere además que Dios habría de reforzar su gracia para los agnósticos del siglo XX, acordándoles una instancia más de decisión *post mortem*.

En efecto, mientras que en la *Divina Comedia* la elección aparece como hecha en vida (y, por tanto, anterior a lo que nos presenta Dante en los tres reinos del más allá), no sucede lo mismo en *El gran divorcio*: si bien habrá algunos o muchos que la hicieron antes de morir, otros aún no la han hecho, y son estos últimos los que desfilan en la obra. Son almas muertas en estado de confusión, y que siguen confusas hasta que llegan a ver claro, si es que llegan. Así resalta el

autor el desconcierto e ignorancia en que viven los hombres contemporáneos. Y todo ocurre allí como si, ante esta circunstancia, Dios implementase para ellos otra instancia suplementaria: una segunda y decisiva oportunidad después de la muerte.

Que el hombre no una lo que Dios ha separado

De allí también el título de esta narración: *El gran divorcio*. En esta instancia supletoria se trata de separar netamente el bien del mal, que en este mundo contemporáneo están tan mezclados. La cultura moderna ha sucumbido al engaño de las brujas de Macbeth, cuando le susurraban: “*Fair is foul, foul is fair*”. Shakespeare, en el 1600, presenta esto como tentación engañosa; mas ya a fines del 1700, William Blake, iluminista romantizado y pre-romántico, escribe el *Casamiento del Cielo y el Infierno*, testigo de haberse desdibujado ya la línea divisoria entre ambos ámbitos. Lewis se opone abiertamente a esta obra, y propone en cambio el “divorcio” de lo que por esencia nunca debiera poder “casarse”. Que el hombre no una lo que Dios ha separado.

La confusión generalizada, resultado de las ilusas teorías iluministas, hace sufrir a los hombres de hoy. Lewis la representa con una imagen: el “pueblo gris”. En este tono incierto se patentiza la mezcla de lo que no debiera mezclarse. Ese ámbito en que no hay oscuridad plena ni tampoco plena luz simboliza el estado en que se hallaban las almas al morir: en penumbra, sin conocer lo que es la luz ni tampoco lo que es tiniebla; sin poder discernir y, por lo tanto, sin atinar a decidirse entre una u otra.

Ésta es una imagen primariamente psicológica y no un lugar propiamente dicho de realidad trascendente. Todavía hay tiempo para estas pobres almas: un tiempo que podrán aprovechar justamente para padecer esta penumbra intelectual y sus desdichadas consecuencias morales. No es como en el *Infierno* de Dante, en que ya no hay tiempo; ni tampoco es como el tiempo de su *Purgatorio*, concedido para descargarse de hábitos viciosos y reemplazarlos por hábitos virtuosos que en definitiva son fuerzas del alma, indispensables para elevarse a la deseada visión divina. En cambio, el tiempo del “pueblo gris” sirve para notar y padecer el enorme tedio de una existencia ignorante e indecisa. Es el tedio de un transcurrir infinito de vivencias vacías y monótonas, irritantes y descorazonadoras. En este tiempo se repiten y multiplican los mismos desencuentros del mundo, que los pobres seres frustrados tratan de encubrir mediante distracciones intrascendentes, e inoperantes en lo que a plenificación y goce auténtico se refiere.

El aburrimiento hace que algunas de las almas que se mueven a la deriva, de aquí para allá, lleguen por casualidad a una estación de ómnibus y suban al vehículo sólo por hacer otra cosa. Otras suben para probar si pueden hacer lo mismo en otro lado, con mejor suerte que en el “pueblo gris”. Pero ninguno piensa cambiar en el fondo, ni menos sospecha que esto les pudiera ocurrir... Este hecho general, el no desear cambiar ni sospechar la posibilidad de un cambio, hace

resaltar más la gratuidad del don ofrecido: no es por mérito propio al-guno, sino por pura compasión divina que desciende hasta esos miserables el celestial vehículo. Y esto sí es doctrina teológica: la gracia se allega a los pecado-res como fruto del amor redentor de Dios “que nos amó primero, cuando todavía éramos pecadores” (Ep. ad Romanos). Sucede como con el don de la vida: hemos sido creados de la nada, sin mérito ni derecho, por puro amor, por gracia.

La Realidad ofrecida, ¿será o no aceptada?

Finalmente, antes de adentrarnos en el texto y sus imágenes, cabe observar otra diferencia respecto del *Purgatorio* dantesco. Después de haber sufrido en el “pueblo gris” esa existencia vacua, monótona y frustrante, las almas que to-man el ómnibus son trasladadas a un ámbito de incipiente luminosidad, no total, pero deslumbradora en contraste con la penumbra de allá abajo. A esa luz, se les mostrarán realidades que asimismo contrastan con su actual estado fantasmal. Estas realidades a las que no están acostumbradas las harán sufrir, pero a muchos les resultarán atractivas. De aquí entonces que pueda brotar el deseo de gozarlas y, con este deseo, el de cambiar para poder gozarlas. Sólo así pueden sentir vergüenza del estado de carencia en que cada una se halla. La vergüenza surge del compararse esos fantasmas con aquellas realidades plenas y del confrontarse con ciertos seres radiantes que se allegan a ayudarlas y hacerles comprender que allá en lo alto hay almas que se interesan por ellas. En definitiva, este ver dará lugar a la opción: cambiar o no cambiar.

Esta participación de cada una, este “ver” y este “optar”, es condición *sine qua non* pues la gracia no obra mágicamente. Cuenta con las facultades hu-manas, a las que apela: en especial la inteligencia y la voluntad, antes prác-ticamente atrofiadas. Ahora bien, al mostrar Lewis esta atrofia está dando un diagnóstico sobre la situación contemporánea.

A Dante no se le hubiera ocurrido que hiciera falta optar en el “más allá”; daba por descontado que los hombres pudieron “ver” e “inteligir” en este mun-do como para hacer su elección. Además de razones teológicas, se sustentaba para ello en la filosofía realista que aseguraba las capacidades intelectual y de discernimiento, orientadoras del libre arbitrio. Aún no se había degradado la inteligencia, no se hallaba todavía fuera de uso. Lewis, en cambio, observa lo que pasa hoy en día: se ha descartado el “intelecto” en pro del mero “raciocinio”, ciego en el fondo, por no tener punto de apoyo en la visión; o en pro de un fan-taseo, que es otro modo de anquilosar la visión. Para optar hay que ver y dis-tinguir, ¿y cómo podrían hacerlo los que están sumidos en el pantano racionalista o fantaseoso? Para alertarlos, Lewis les propone su “sueño”, esa instancia *post mortem* de visión y decisión.

El “purgatorio” de *El gran divorcio* acaba en el momento mismo en que tienen lugar estos dos actos humanos. Los que se niegan a mirar y admirar la realidad,

y aunque sintiéndose avergonzados de su mísera situación, no se arrepienten y no aceptan el ofrecimiento de mejoría, convierten definitivamente su estado de alma en “infierno”; entonces, bajar de nuevo al “pueblo gris” es decisión propia y ya no un azar o castigo. Condenarse estriba en esto: en la de-cisión libre de rechazar el don divino. Por el contrario, los que ante la Realidad se abren a mirarla y admirarla, perciben su belleza y atractivo, y al compararse con ella se avergüenzan con arrepentimiento y deseo de cambiar. Éstos ya em-piezan a aspirar a una Luz que despunta más arriba, tras las montañas, y dejan de hecho así su “purgatorio”; el cual, repetimos, no ha sido sino un estado de alma, sufrido primero en su vivencia del “pueblo gris” y purgado después por esa vergüenza y ese arrepentimiento ante la atractiva Realidad. Salvarse, pues, consiste en esto, para pasar finalmente a una vivencia “paradisíaca”, vivencia de plenitud que se irá incrementando en la medida en que cada uno suba con sus propias fuerzas y deseos, inspirado y reforzado por la gracia, hacia esas mon-tañas de altura infinita (que figuran el inagotable descubrimiento del Bien divino y su encuentro saciante).

En el “sueño” aquí propuesto prima el *insight* psicológico sobre la teoría dogmática, pero ésta lo ilumina. Lo que hace Lewis, basado en su propia experiencia agnóstica de frustración, de la que lo arrancó la gracia, llevándolo al descubrimiento del pleno “gozo” –*surprised by Joy*– es penetrar hondamente en los dos estados de alma, distintos e incompatibles, que corresponden: el uno, a haberse dejado “sorprender por el Gozo” y aceptarlo; el otro, a desechar y descartar ese Gozo que, en última instancia, es Dios mismo. Salvarse o condenarse.

Tomaré algunos ejemplos e imágenes de que se vale Lewis para describir esos estados de alma, y algunos tipos humanos dentro de cada ámbito. Veremos que son retratos de actualidad: no difieren mucho de los que circulan hoy en día en nuestro mundo epigonal, inficionado más que nunca del agnosticismo a que dio lugar la cultura de la Ilustración.

El “pueblo gris”, reflejo de la “moderna” situación espiritual

Estaba yo en una cola de gente que esperaba un ómnibus en la acera de una calle larga y triste. Caía la tarde y estaba lloviendo. Durante muchas horas había estado vagando por otras calles igualmente lúgubres, siempre bajo la lluvia y en una penumbra de crepúsculo. El tiempo parecía haberse detenido en ese instante melancólico en que las tiendas que comienzan a iluminarse, todavía no resplandecen porque en las calles no hay bastante oscuridad. Y así como nunca cerraba la noche, tampoco mi interminable andar sin rumbo me había llevado en ningún momento a un barrio mejor... (p. 13) ².

¿Quién habla aquí? El narrador, que no sabe cómo ha llegado a ese lugar, dará más adelante su identidad. Es el mismo Lewis quien, como Dante, ha sido

2 Las citas de *El gran divorcio* están tomadas de la edición de Carlos Lohlé, Bs. As., 1969.

transportado desde la tierra para observar, aprender y aprovechar personalmente lo que vea. Al final nos enteraremos que el medio por que ha sido transplantado de ámbito ha sido un sueño³. Se trata, pues, de un soñador-visionario y, por tanto, objeto de una gracia singular.

Encierro individualista y distracciones fantasiosas

Ha notado, ante todo, la tediosa monotonía del lugar. De inmediato comprobará la clase de gente que allí se encuentra: egoístas, arrogantes y pendencieros, a quienes sólo el aburrimiento pone en contacto. Ya en la cola hay peleas. Más tarde, al subir al ómnibus, se empujarán porque sí, pues no están realmente interesados en viajar. En rigor, no se interesan por nada ni por nadie. Durante el viaje se le van a aclarar al narrador algunas incógnitas sobre ese “pueblo gris” y sus habitantes. Uno le informa que hay un “Centro Cívico donde van llegando todos los que vienen de la tierra”; que desde allí se dispersan puesto que continuamente “se querellan y se mudan” y de este modo “se van trasladando cada vez más lejos, apartándose unos de otros”, y que “todos están demasiado lejos” (pág. 19). Es decir, hay una relación de causa a efecto entre la lejanía y las peleas. La distancia es espiritual, falta de amor entre unos y otros. El “pueblo gris” es centrífugo. Surge y crece como un tumor, sin orden ni sentido, al contrario de un auténtico pueblo o ciudad. Allí no hay un ideal común, ni un bien común: no hay comunidad, sino aislamiento.

Si el primer síntoma del intrínseco egoísmo individualista de estos seres es su distanciamiento entre sí, el otro es el haber perdido contacto con lo real. Todos permanecen sumidos en sus pensamientos, que en rigor son sólo fantasías. Y si necesitan cosas, las imaginan. Han sustituido la aprehensión y el contacto por la producción fantaseosa. “Basta pensar una casa para que sea –le informan al narrador–. Por eso crece el pueblo sin cesar” (p. 19). ¡Es que ellos mismos lo producen! ¡De tanto negarse a la realidad, ésta ha desaparecido! Es lo que comprueba enseguida: “No vi prados ni ríos ni montañas; tuve la impresión de que el pueblo gris llenaba todo el campo visual” (id.).

Esta descripción denota un extravío espiritual muy propio de la modernidad, la cual, moviéndose en la línea de la autosuficiencia, acrecentándola, ha postulado la imposibilidad de contacto cognoscitivo directo con lo real, y ha suplantado este auténtico conocimiento por un idealismo que se conforma con desplegar “ideas”: pseudo-ideas, fabricadas por el sujeto, sin fundamento *in re*, prácticamente proyecciones mentales o fantasías.

Uso y manipuleo de la realidad considerada

3 Cf. Lewis, *All my Road before me*, op. cit., pp. 412-413, en que relata un sueño impresionante con un sentido de muerte y resurrección y que relaciona también con *Lilith*, un poema de MacDonald, escritor que significó mucho para Lewis y que aquí en *El gran divorcio* hace las veces de Virgilio.

como material maleable

Pero estos productores de pensamiento no dejan de interesarse por un aspecto de la realidad: por aquello que puede ser objeto de manipuleo, de poder o de ganancia. No es de extrañar: habiendo “desrealizado” la realidad al quitarle su verdad cognoscible y su sentido atractivo, la han convertido de hecho en mera “materia prima” manejable, dominable. Se aprovechan luego de esa “masa informe” al servicio de sus proyectos utilitarios. Esto es justamente lo que pretende este personaje que ha informado al narrador: hacer negocio con las “cosas reales” que, según le han dicho, encontrará allá arriba:

–No hago este viaje por placer... Pero si consigo regresar con algunas cosas *reales*, cualquier cosa que uno pueda morder verdaderamente, o beber realmente, o en la cual uno pueda sentarse de veras, bueno, pues en ese caso, inmediatamente se producirá una *demanda*, y entonces pondré un pequeño negocio. Porque tendré algo que vender. La gente no tardará en agruparse: *centralización*, ¿me entiende? Al cabo de poco tiempo, los que están ahora desparramándose en millares de millas cuadradas de calles casi vacías, se acomodarán, aunque sea mal, en dos calles densamente pobladas...

–¿Usted cree que si se ven obligados a vivir juntos, aprenderán poco a poco a tolerarse mutuamente?

–Eso no lo sé, ni me interesa. Pero en cambio estoy seguro de que será posible mantener el orden porque en esas condiciones resultará fácil organizar una fuerza de policía. Imponerles disciplina, de todos modos –bájó la voz– es mejor, ¿sabe usted? Todo el mundo lo reconoce. La seguridad depende del número... (pp. 21-22).

Lewis pone aquí el dedo en la llaga de uno de los aspectos más tristes y penosos del mundo moderno del poder: la sociedad no es una sociedad humana, pues no existe la comunidad de almas entre seres que han renunciado a conectarse seriamente con lo real, es decir, con el sentido de lo real. Al no entenderlo, ni ser afectado el corazón por el valor intrínseco de las cosas, éstas les aparecen superficiales, sólo objetos útiles; y no sólo las cosas, sino también los seres humanos pasan a ser víctimas de manipuleo, primero económico y luego político. En pocos rasgos se pinta aquí el rostro monstruoso de la *pseudo-polis* moderna: concentración lograda externamente en base a incentivos comerciales y organizada luego, también externamente, por el poder y sus medios policíacos... No interesan las relaciones personales: sólo los intereses mercantiles. El que ha hablado, irónicamente llamado “Inteligente”, es un miserable espécimen del aprovechador desalmado que pulula entre nuestras clases “dirigentes”. “Demanda”, “centralización”, “orden policial” son los secos sucedáneos de lo que hay en una auténtica *polis*: mutuo interés personal, bien común y comunidad de valores, ideales y fines. Pero además, el que habla deja traslucir la contraparte de esa

situación: la inseguridad de esos seres que han perdido la brújula de la existencia. ¡Andan aislados y a la deriva! Entonces, a esos desunidos y desconcertados sólo cabe juntarlos por afuera y artificialmente para darles la impresión de “seguridad”.

Aquí sale a relucir algo que públicamente oculta el mundo del poder y de la economía: ¡el miedo aún subsiste! Los corazones humanos no se conforman con comida, bienestar y orden. En algún resquicio de esas almas manejadas por la propaganda, asoma el ansia de infinito, y su contraparte: el temor a que del infinito venga un castigo... Es por ello que el “Inteligente” empieza a bajar la voz al referirse a la “seguridad”. Cada vez la baja más, hasta que en un susurro le confía su inquietud:

–La seguridad... o por lo menos el sentimiento de seguridad. Por el momento todo marcha más o menos bien, pero más adelante... ¿comprende? (p. 22).

Evidentemente, no hay que hablar de “más adelante” en el mundo ateo, ya que éste niega la trascendencia. La Ilustración empezó relegando a Dios trascendente a una inalcanzable lejanía, y sus continuadores terminaron descartándolo y alejando lo más posible de la conciencia humana la posibilidad de la “vida futura”. Mas la escena resulta interesante por asomarse la duda, que puede ser principio de certeza, en este personaje aprovechador, hombre simple, negociante que se acomoda a la situación pero que no obstante guarda algo de sentido común. Podríamos decir que se trata de uno de aquellos de los que se burlan los iluministas llamándolos “realistas ingenuos”. Cuando el narrador consigue al final que le explique por qué teme, obtiene esta respuesta:

–Dentro de poco todo quedará a oscuras...

Lo ha dicho en un susurro, y veremos por qué. El narrador insiste:

–¿Quiere usted decir que al final ese crepúsculo se convertirá realmente en noche? (p. 23).

Intolerancia a la religión revelada

Dejando de lado por ahora el asentimiento sin palabras de este aprovechador (que hasta de esta barruntada posibilidad quiere sacar tajada, o sea: negociar, haciendo para el caso “viviendas protectoras”), pasemos a considerar la brutal reacción de sus compañeros de ómnibus:

–¡Basta! –gritó el Corpulento (que es un poeta)–. Paren de cuchichear si no quieren que les rompa el alma. Propalando rumores...; ¡eso es lo que

están haciendo! Y tú, Ike, cállate de una vez!

–Tiene razón... Es un escándalo... Habría que denunciarlos... –
gruñeron varios compañeros (p. 23).

Se pone en evidencia aquí la típica intolerancia a lo religioso –o mejor dicho, a lo revelado– de quienes se proclaman “tolerantes”, siguiendo a los iluministas que instauraron el concepto de “tolerancia”. Vemos también cómo los manejadores de la opinión pública –en este caso el poeta Corpulento– consiguen eco por medio de gritos indignados y amenazas. Pero no es ésta la única técnica de acallar las inquietudes metafísicas. De inmediato veremos una más, al entrar en escena otro “ilustrado” de modales más finos, aunque no menos despreciativo de lo que califica como “tenaces supercherías populares”. Éste rechaza como tal a la religión revelada, pero no tiene inconveniente en admitir los nuevos mitos del Iluminismo.

El mito del “progreso”

Un hombre gordo y cuidadosamente afeitado, sentado frente a mí, se inclinó hacia adelante y me dirigió la palabra con voz culta.

–Perdóneme usted, pero, a pesar mío, he oído parte de la conversación. Es asombrosa la tenacidad de esas supersticiones primitivas... No hay, ni por asomo, el más leve indicio de que ese crepúsculo se haya de tornar jamás en noche cerrada. Ni hay razón razonable para que eso ocurra. La opinión, al respecto, de la gente calificada, ha cambiado radicalmente. ¡Una verdadera revolución! Me sorprende que usted no se haya enterado. Hemos barrido definitivamente con todas las fantasías absurdas de nuestros antecesores. ¡No! Esta medialuz amortiguada y delicada es la promesa de un amanecer, el lento devenir de toda una nación que se vuelve hacia la luz. Lento, casi imperceptible, por cierto. *Y no sólo por las ventanas que miran hacia Oriente, cuando llega el alba, entra la luz...* En cambio, esa pasión por las cosas “reales” de que hablaba su amigo no pasa de ser un vulgar materialismo. Una tendencia lamentable, retró-gada. Resabios innobles de la tierra. Nostalgia de la materia. Pero nosotros sabemos que esta ciudad espiritual (porque, a pesar de sus defectos, es espiritual) es el vivero en que las funciones creativas del hombre, desembarazadas por fin del peso muerto de la materia, comienzan a volar con sus propias alas. Un concepto sublime, ¿no es verdad? (pp. 23-24).

Este discurso denota el *sumum* de la pretenciosa autosuficiente creatividad de la mente. Este “gordo afeitado de voz culta” representa a una élite de iniciados, de ideólogos que dictan las líneas “teóricas” a los detentores del poder político y económico, sintiéndose superiores a éstos y al resto de la gente. Llama a los demás “materialistas” y ellos pretenden ser espirituales. Trágica distinción en la que resuena la tajante separación cartesiana entre la *res extensa* y la *res cogitans*,

entre la materia y el pensamiento, que desembocó, ya en tiempos del Iluminismo, en dos vertientes igualmente alejadas del misterio del ser: la del empirismo con sus construcciones superficiales, y la del idealismo con su encierro mental y sus proyecciones conjeturales.

La ironía de la presentación de Lewis está revelando la arrogancia de estas posiciones irrealistas. En rigor, el hombre es espíritu encarnado y no puede escindirse. Si ensalza el espíritu y se identifica con él solamente, termina por dejar correr, paralelamente, su pasionalidad, despreciada. A este “*homo duplex*” le pasa lo que ya observaba Pascal: “*qui fait l’ange, fait la bête*”. Esto es lo que sucede en el “pueblo gris”. El Gordo culto no puede dejar de reconocer que el “sublime” ideal espiritual no está todavía logrado, que todavía hay allí seres con resabios de materialismo. Y como esto lo escandaliza, lo atribuye a las “super-cherías del pasado”, es decir, a la tradición del Realismo occidental, que desde los Griegos hasta los grandes filósofos de la Edad Media, afirmara el sentido intrínseco y esencial, de origen divino, impreso en las cosas, así como la capacidad del intelecto humano para captarlo en las cosas mismas. Esta visión era profundamente religiosa por cierto: sensible a la *religio* o vínculo entre la realidad y su Creador.

Pero el iluminista es ante todo autosuficiente: no quiere “ser iluminado” sino “iluminar”. Esto significa negar la dependencia de Dios y de la verdad de las cosas, y afirmar por el contrario su independencia, forjándose sustitutivamente “ideas puras”. Mas en rigor, puesto que no son más que inventos sin fundamento *in re*, podemos calificarlas de “sublimes” fantasías envueltas en razonamientos. Ésta es la gran “revolución” moderna (o mejor dicho “inversión”) de la que el personaje en cuestión se muestra tan orgulloso y seguro. Notemos, en cuanto a esta seguridad, que el autor subraya en el texto esos “es” apodícticos de sus afirmaciones, y sobre todo el de su categórica predicción del advenimiento próximo de la “Iluminación total”. Subrayada está también la despectiva referencia de este personaje a la luz de Cristo –sugerida al mencionar la que entra por las ventanas de Oriente, con la cual alude a la liturgia matutina que canta a Cristo, *Oriens ex alto*–. La ironía reside en que mientras se burla de los que creen en Cristo, él se ufana de otra creencia: su fe en el “progreso” que ha de resultar, lenta pero infaliblemente, de las “funciones creativas del hombre”. Varios temas claves del Iluminismo concurren en este engolado discurso de este representante de la “gente calificada”: la autosuficiencia y autonomía humanas; la absoluta confianza en la razón “creativa” desvinculada de la realidad, así como en el “progreso” que dicha razón iluminadora ha de ir produciendo en la humanidad con el consecuente expandirse del nuevo “mundo de la cultura”; la creencia de que éste acabará por barrer el mundo anterior, burdo y terrenal. Este expositor entusiasta del proyecto moderno está inflado de arrogancia por este “concepto sublime”, y esto se trasunta también en el aspecto y calificativo que el autor le aplica: “Gordo culto”. Es la versión moderna de la soberbia, hueca en su hinchazón, que Dante figurara por medio de sus “gigantes insensatos” y que también ha representado un autor argentino contemporáneo, Leopoldo Marechal, con su imagen de los “homo-globos”⁴.

Lewis acentúa su ironía en cuanto a este “sublime concepto” de progreso al poner en boca de su expositor la certeza de que el “pueblo gris”, ese infierno, no es sino un Cielo en devenir... Más adelante (en el capítulo V) nos toparemos de nuevo con este espécimen ilustrado, y nos enteraremos que es inada menos que un teólogo! Un teólogo liberal, por cierto, continuador de aquellos del siglo XIX, que conociera John Henry Newman, a los que veía expandirse en la Uni-versidad de Oxford, y contra cuya influencia irreligiosa en la Iglesia Anglicana luchó su Movimiento (Movimiento de Oxford). Digamos de paso, mas porque viene al caso, que su tarea de esclarecimiento doctrinal lo llevó a Newman a pa-sar finalmente a la Iglesia Católica Romana, tras haber afianzado en la ortodoxia de tradición católica a un gran sector de la Iglesia Anglicana. Es justamente a este sector, llamado por ello “anglocatólico”, al que adhirió Lewis al convertirse. Y Lewis produjo un *corpus* de escritos con esa base doctrinal que comparten los anglocatólicos y los católicos romanos, por lo que han sido y son apreciados tanto por unos como por otros. Prueba de ello es su amistad con el escritor ca-tólico Tolkien, su colega de Universidad, así como la correspondencia que man-tuvo con el Dom Giovanni Calabria, sacerdote que ha sido recientemente bea-tificado, quien inició dicho intercambio epistolar a raíz de la admiración que le merecían las obras de Lewis. Las miras ecuménicas del Dom Giovanni, com-partidas por Lewis, son un tópico frecuente de sus respectivas cartas y ambos oraban por la esperada reunión de ambas iglesias. Es de notar asimismo el aprecio y admiración que por la obra de Lewis tiene Juan Pablo II, y el que, tras una visita al pontífice, el albacea de Lewis, Walter Hooper, diera últimamente el paso del Anglocatolicismo al Catolicismo Romano.

Empedernido Idealismo: ni contemplación ni fe

Es sintomático que sea un teólogo el elegido por Lewis para ilustrar el empedernido idealismo, que impide llegar a Dios, precisamente a consecuencia de su característica insensibilidad a la realidad por Él creada. La contemplación de la creación ha sido siempre una de las vías para acceder a Su conocimiento, como tan rotundamente lo afirma San Pablo en su Epístola a los Romanos: “Porque lo que puede conocerse de Dios lo tienen los hombres a la vista, Dios mismo se lo ha puesto delante. Desde que el mundo es mundo, lo invisible de Dios, es decir, su eterno poder y su divinidad, resulta visible para el que reflexio-na sobre sus obras, de modo que no tienen disculpa... Su razonar se dedicó a vaciedades y su mente insensata se obnubiló. Pretendiendo ser sabios, resultaron unos necios...” (1, 19-21).

Si la afirmación del Apóstol ha confirmado a la línea de pensadores realistas, su diagnóstico se aplica perfectamente a la terca actitud de este personaje. Cuando aquel “Gordo de voz culta” es elevado por el ómnibus (figura de la gracia) y

4 Leopoldo Marechal, *Adán Buenosayres*.

arriba a la meseta iluminada, literalmente no ve ni la luminosidad ni las cosas reales que ella alumbra. Ésta es la opción de la filosofía idealista. Pero veremos que ella le impide asimismo “dejarse decir”, abrirse a la ayuda de la Revelación y a la fe: esa luz que potencia aún más la natural inteligencia. La fe, en efecto, no es ciega, sino que “busca al intelecto” (*fides quarens intellectum*) para ayudarlo a ver más. Esta sobreiluminación de la simple visión intelectual es representada aquí bajo la figura de un ser luminoso y cabal (que contrasta con la magra y turbia de este teólogo) quien ha descendido de la altura justamente para “hacerle entrar en razón”. Se trata, para más, de un ex colega y amigo. Los dos, en vida, han sido teólogos. Y la conversación que tienen es tan esclarecedora de las posiciones de un realista y de un idealista, cuanto es trágico su resultado.

Lo que primero llama la atención es la equívoca posición que toma el Gordo: en lugar de escuchar y aprovechar la lección del que ya está ante la Visión beatífica, es él mismo quien insiste en espetarle a éste su “doctrina” teológica. Ello se justificaría, en parte, por el hecho de haber sido, en el mundo, su maestro. Pero lo triste es que esta postura de catedrático resulta de su opción tercamente idealista.

Tras una primera manifestación de alegría por el inesperado encuentro, el Gordo pasa directamente a recriminarle a su ex-discípulo el cambio, juzgado erróneo, que observara en éste, poco antes de su deceso:

–...¡Ah, Dick!, nunca olvidaré nuestras conversaciones. ¡Ejem! Supongo que ahora tus opiniones habrán... evolucionado. Porque no me negarás que en los últimos tiempos te habías vuelto intolerante, poco menos que fanático; pero sin duda eso pasó y has recobrado tu libertad de espíritu (p. 36).

Es la cantinela “ilustrada”: cualquier ocurrencia puede tolerarse, pero el realismo y la adhesión a la ortodoxia religiosa son intolerables; sólo a éstos se los tilda de “intolerancia”... (hoy se los acusa de inconcebible, insostenible “fundamentalismo”...). Y prosigue:

–i...hasta habías llegado a afirmar, a *creer* que el cielo y el infierno existen positivamente!

El subrayado es del autor. En el colmo de la autosuficiencia, ya no sólo es condenada la afirmación realista de la verdad de las cosas, sino hasta la mismísima palabra de Dios. Ello lleva necesariamente a corregirle la plana mediante “interpretaciones” de Su texto inspirado. A eso se ha dedicado el Gordo, cuya petulancia “doctoral” contrasta con la sencillez y humildad de Dick.

–¿Acaso no es verdad? –dice éste.

–¡Vamos!, en un sentido espiritual, por cierto. Eso estoy dispuesto a admitirlo. Y no creas que haya renunciado a buscar, en cierto modo, el

Reino de Dios... Ahora, todo lo que sea superstición, mitología, eso... (p. 37).

“Eso” es el odiado sentido literal del texto y la realidad a la que se refiere..., en este caso las realidades del Cielo y del infierno, aludidas antes por Dick. Éste insiste, apelando ahora a lo visto por el Gordo, el “pueblo gris”, y tratando de que lo conecte con la realidad revelada del infierno, pero en vano.

–Perdóneme usted, pero, ¿dónde se imagina que ha estado?

–¡Ah, ya veo! Piensas que el pueblo gris con su continua esperanza de amanecer (pues todos hemos vivido de esperanza, ¿no es así?), con las posibilidades que nos brinda el progreso indefinido, es, en cierto sentido, el cielo, siempre que seamos capaces de verlo, de entenderlo de esa forma. ¡Oh!, es una idea bellísima, ¡no lo niego!

–Está usted totalmente equivocado. ¿Será posible que no sepa cómo se llama el lugar donde ha estado?

–Nunca había pensado en eso, pero ahora que me lo preguntas, creo que no se nos había ocurrido darle un nombre. ¿Cómo le llaman ustedes?

–El infierno.

–¡Hijo querido! ¡No profanes las cosas respetables! Tal vez, según tu criterio personal, yo no sea muy ortodoxo, pero estimo que esta clase de asuntos debe tratarse con sencillez, con gravedad y con la debida reverencia...

–¿Hablar del infierno con *reverencia*...? No. Se lo he dicho con toda claridad y se lo repito: usted ha estado en el infierno, aunque si no regresa allá podrá llamarlo purgatorio.

–¡Vamos, muchacho, vamos! Veo que no has cambiado... (pp. 37-38).

Nominalismo y sofística utilitarista

Lo citado basta para advertir hasta qué punto ha heredado la teología liberal del nominalismo escéptico, que viste con “nombres” lo que no acierta a honrar. Pero lo que sigue mostrará que no se trata tan sólo de incapacidad para la hondura, ¡sino de mala voluntad! La verdad se busca “con toda el alma”: con la inteligencia y el corazón. Y el corazón de este hombre está pervertido, divertido, es decir, literalmente vertido hacia otro lado, hacia su ego y no hacia la verdad. Es un sofista que ha jugado con las “opiniones” para hacerse ver frente a un público que tampoco buscaba la verdad sino el divertimento. A través de lo cual lograba éxito y fama, vanagloria. Esto se ve cuando Dick, al que él mira como un pobre ingenuo, le lanza la calificación que le corresponde: “¡Apóstata!”. Ante esta palabra “inconveniente”, el Gordo no sólo se escandaliza, sino que además se defiende: apela a sus “opiniones sinceras” y, según él, defendidas “valientemente”

y “sin querer, pone el dedo en la llaga”. Dick le develará las verdaderas intenciones, las que lo decidieron por la postura idealista: razones no intelectuales, sino burdamente utilitarias.

—¿Riesgos? —le contesta—. Usted sabía perfectamente cuáles podían ser las únicas consecuencias de su “intrepidez”: la popularidad, la venta de sus libros, invitaciones a granel, y por último un episcopado (pp. 38-39).

Y él mismo se allana a autoconfesarse humildemente para ayudarlo al viejo a hacer lo mismo. Le recuerda la época en que, juntos, y por los mismos espurios intereses, tomaron aquel camino desviado:

—Hablemos con franqueza. Esas opiniones nuestras no se formaron honradamente. Lo que en realidad sucedió fue que nos vimos ante una determinada corriente de ideas y que, sin más, nos zambullimos en ella porque nos pareció *moderno*, y también beneficioso, seguir esa corriente. En la universidad empezamos escribiendo... la clase de ensayos que nos valían las mejores notas y a decir las cosas que los demás aplaudían. Cuándo, en qué momento... nos hemos planteado sinceramente, a solas, el único problema básico del cual depende todo lo demás: de si existe o no la realidad sobrenatural. ¿Cuándo hemos opuesto resistencia alguna a la pérdida paulatina de nuestra fe? (p. 39).

Es imposible no pensar por contraste en Newman, opuesto a semejante “dejarse llevar por la corriente”, so capa de “sinceras opiniones” personales. Cuánto sufrimiento tuvo que afrontar Newman por hacer lo que aquí dice Dick: “*solum cum solo*”, su conciencia a solas ante Dios, plantearse preguntas decisivas y afrontar las consecuencias de las respuestas que halló. ¡Cuánto más llevadero le hubiera sido un pactar amable, pero insincero, con la teología liberal que estaba de moda!

—Si lo que acabas de decir se refiere a la génesis de la teología liberal...
—trata de defenderse el Gordo. Pero el otro corta por lo sano:

—... Oh, para bien de su alma, recuerde y no niegue... Queríamos evitar a toda costa que nos calificaran de reaccionarios, porque teníamos terror de parecer ridículos y porque, sobre todo, rehuíamos con pavor todo lo que oliera a temores o esperanzas espirituales... (p. 39).

Voluntad de poder versus verdad

Llegados a este punto del diálogo, la fachada se ha derrumbado, y aflora lo que ella mantenía oculto. Ya no se trata sólo del interés por conquistar éxito y fama, ni del mero temor al “que dirán”. Se trata de teología atada a la mundanidad, lo que implica además aferrarse a la efímera vida terrena. ¡Qué perspicaz y tremendo diagnóstico de la contemporánea perversión de la cultura que

llega a inficionar incluso a la “cultura” religiosa! ¿Su raíz? Nuevamente, es la prédica de la filosofía para la cual primariamente “saber es poder”. La voluntad de dominio está en la base del rechazo de la inteligencia que “penetra” en la verdad de las cosas alumbrada por la fe. Aquí se ve que, a pesar de su pretensión libertaria, el pensador “liberal” no es libre: está esclavizado a su temor de no contentar al mundo y a la pasión de éxito y vanagloria, los cuales son modos de detentar poder.

La voluntad de poder impide la búsqueda de la verdad. Cuando Dick insiste en su argumentación, tratando de volver hacia esta búsqueda al hinchado teólogo, éste vuelve a atrincherarse en la “sinceridad” de sus “opiniones”. En vano le demuestra el otro que la sinceridad sólo vale en cuanto al hecho subjetivo de la búsqueda, pero no en lo referente a su meta objetiva, que es la verdad, y no las opiniones. El Gordo prefiere éstas, mostrando total desinterés por la verdad, y hasta intenta envolver a su interlocutor en su juego favorito, ese escéptico, frívolo y superficial barajar de opiniones:

–Esto es sumamente interesante –le contesta–... Es un punto de vista... Es un enfoque (p. 40).

Es entonces cuando el testigo de la verdad corta por lo sano y lo exhorta a definirse ante Aquel que es “la Verdad” en persona:

–Ya no estamos jugando a discutir... acerca de todo eso que no queríamos creer que es verdad. Él (Cristo) está en mí, para usted... Usted ha visto el infierno, y ahora tiene el Cielo a la vista. Todavía está a tiempo de arrepentirse y creer. Hágalo ahora mismo... (p. 42).

No el hombre a la medida de Cristo, sino Cristo a la medida del hombre

Y aquí se produce el trágico desenlace: ante la realidad plena y radiante que tiene frente a sus ojos, el mísero fantasma se cierra y prefiere seguir discurriendo: elucubrar en vez de mirar. Inútilmente apela su mentor a lo que él llama “anhelos hondamente reprimidos”, lo que no es sino la *voluntas ut natura* o ansia innata de Dios. ¡Tan reprimida la tiene que, en lugar de contemplar directamente a Dios, aquel arrogante escoge seguir haciendo “teología”! En su voluntaria cecidad va a seguir reduciéndolo todo, incluso a Dios, a “ideas” sobre las que se propone disertar en futuras “conferencias”. Su decisión es neta: va a regresar al pueblo gris para inaugurar su ciclo, ¿y con qué tema? Nada menos que el de la “plenitud humana”, ijustamente aquella que él rehusa alcanzar!:

–... Verás, tomaré como base el texto que se refiere a la recomendación de que crezcamos a la medida de la estatura de Cristo, y desarrollaré una idea que, con toda seguridad, te va a interesar. Señalaré a la gente... que Jesús... era un hombre relativamente joven cuando murió. ¿Comprendes?

Si hubiera seguido viviendo habría madurado y rectificado algunas de sus posiciones iniciales, como podría haberlo hecho en vida si hubiera tenido un poco más de tacto y de paciencia. Invitaré a mis auditores a reflexionar acerca de lo que habrían llegado a ser sus opiniones de hombre maduro. Te aseguro que es una cuestión sumamente interesante. ¡Qué diferente sería el cristianismo si el Fundador hubiese podido alcanzar la plenitud! Acabaré señalándoles cómo este enfoque ahonda la significación de la Crucifixión, pues por primera vez nos hace medir toda la tragedia de esa muerte prematura, de esa pérdida desastrosa... tanta promesa repentinamente anulada... (p. 44).

Ésta también ha sido una pretensión típica de la Ilustración: reinterpretar a Cristo con criterios humanos, rehacer el Cristianismo desde premisas racionalistas, negar su misterio divino y acomodarlo al nuevo ideal aburguesado y progresista! ¡Ya no es Cristo la regla, sino el hombre, un hombre que, por cierto, se achica en su agrandarse jactancioso! De hecho, estamos frente a la arrogancia de su razón, que reprime la inteligencia en pro de elucubraciones fantasiosas que no tienen más explicación que la adoración del “ego” y el despliegue de su “voluntad de poder”. Pero así este “hombre autónomo” revela su estupidez. Y este prototipo del hombre autónomo iluminista lo muestra a las claras: prefiere que lo admire un “público” en el infierno—en el cual, según dice, acaba de fundarse una “Sociedad de Teología”—a ser él en el Cielo un espectador gozoso de la Gloria divina.

Además, con el discurso de esta figura irrisoria, Lewis pone de manifiesto la desgracia de tantos cristianos contemporáneos, expuestos a prédicas inconsistentes, que los desorientan y confunden con el despliegue de palabras “técnicas” y grandilocuentes, y que los lisonjean en vez de llamarlos a la conversión: “sentido espiritual del texto”, “libertad de opinión”, “sinceridad”, “interesante”, etc., etc. Y en este aspecto, el pueblo gris es también una descripción del mundo actual. Lewis lo desenmascara, aunque también lo compadece y muestra la única manera posible de librarse de su escepticismo y su apostasía: acogerse con humildad y gozo a la gracia de Dios.

I I

TRATAMIENTO O REMEDIOS DIVINOS PARA EL MUNDO MODERNO

El “ómnibus”: imagen de la gracia iluminante

Un ofrecimiento inconcebible e inmerecido se allega a los hombres: “Tomar el ómnibus”. Un ómnibus esplendente y volador viene a buscar a la gente sin que nadie lo pida y gratuitamente, elevándola a la manera de un helicóptero, para trasladarla a un mundo consistente y luminoso, que de otro modo sería

inaccesible... Ésta es una imagen de la gracia que acerca su concepto al hombre de nuestro tiempo. Con ella se figura también la distancia abismal que media entre la existencia pecaminosa y la vida plena y cabal, divinizada.

Era un vehículo maravilloso; irradiaba luz dorada... El mismo conductor parecía luminoso (p. 15).

El vehículo y su conductor delatan de por sí su procedencia, pero a ese gente acostumbrada a la penumbra del pueblo gris, le choca la luz. Además, la mediocridad niveladora de una existencia chata siempre produce reacciones de envidia, resentimiento y rencor, cuando alguien se destaca y resplandece. Esto es lo que ocurre aquí. Molestos por lo distinto, los que están en la cola hacen estos comentarios sobre el ángel conductor:

–Miren a ese presuntuoso... Sí que la pasa bien, ¿eh?... Tan pagado de sí mismo. ¿Por qué no se comportará con naturalidad como todo el mundo?... ¡Y nos mira en menos!... ¡Ni que fuera un dios del cielo! (id.).

Lo es casi –es al menos un enviado de Dios–, pero no pueden ellos imaginar que lo divino pueda abajarse a lo humano, y menos que humano –al pecador–; y sin embargo, esto es lo que hizo el Salvador. Cristo “se abajó”, como lo subraya la Epístola a los Filipenses, y sigue abajando su gracia a través de los ministros de su Iglesia, para rescatarnos. Pero en lugar de apreciar esto, la gente se escandaliza de la magnificencia divina y eclesial:

–Tanto oro y tanta púrpura, ¡qué mal gusto!... ¡Cuánto mejor sería que emplearan ese dinero en mejorar las casas de este maldito pueblo! (id.).

Éste es un comentario muy común, que proviene de la mezquindad. Los que están en la cola están proyectando sobre Dios y su ministro sus sentimientos mezquinos. Pero de inmediato ponen en evidencia que es falsa su pretendida “modestia”, porque se atropellan para prevalecer uno sobre otro y ganar ventaja. En cambio, el supuesto “presuntuoso”, con toda sencillez, “cumplía su cometido”: ¡un servicio! No es él quien desprecia a los demás, sino un pasajero que se sienta al lado del narrador:

–... estoy seguro que usted piensa lo mismo que yo de este público... el lugar al cual vamos no es para ellos... Usted y yo, es muy distinto... (p. 16).

En realidad, todos son iguales. Ninguno está en condiciones de percibir y apreciar el favor que se les está haciendo. Están siendo levantados de su chatura y penumbras, y se les ofrece el don de la luz y el de la frescura de las altas cumbres, pero nadie parece notarlo. Es entonces cuando, aprovechando esa luz, el narrador los mira y observa la incapacidad de todos, y también, al cabo, la suya propia:

Me sobrecogieron las caras y formas que me rodeaban. Eran rostros estereotipados, llenos, no de posibilidades, sino de imposibilidades; algunos desvaídos, algunos embotados, algunos impregnados de ferocidad, pero en todos ellos había algo de deforme, perverso y marchito. Daba la impresión de que la luz, si seguía creciendo, los desintegraría. Entonces... había un espejo en el ómnibus y me vi en él... (pp. 24-25).

No podría describirse mejor, en términos cotidianos, el efecto de la gracia iluminante –que aquí al menos es aprovechada por el narrador–, así como su indispensabilidad para el examen de conciencia. Del mismo modo que “en la oscuridad todos los gatos son pardos”, tampoco en las tinieblas del pecado los pecadores pueden verse tales. Sólo el perdón, ofrecido por el Dios bueno, que condesciende con su amor misericordioso, puede lograr sacudirnos del sopor en que vegetamos. Sólo entonces nos despertamos a la verdad, nos vemos y podemos arrepentirnos. El arrepentimiento no es anterior al perdón, sino al revés. Eso lo sabe un niño que es perdonado por su madre. Sólo el gesto noble del que es espiritualmente mayor logra hacer brotar la semilla de nobleza que late oculta en el menor. La gracia precede al acto libre y estimula la conversión.

La virtud de la luz es develar la verdad, hacer visible la realidad. Por la gracia puede el hombre verse en su estado pecador: mezquino, vacío, casi una nada. Ya lo intuía Platón y lo describía en su “mito de la Caverna”. También lo intuía un no cristiano contemporáneo, Albert Camus, cuando reiteraba aquel viejo mito y notaba que los que permanecen en “la caverna”, lejos de la luz, son “semejantes a las sombras de sus sueños”⁵. Aquí, en la obra de Lewis, se trata de la luz sobrenatural. No está lejos Platón de la misma intuición al hablar del “sol” del mundo de las ideas: sugiere que la inteligencia humana, para percibir las esencias, el sentido íntimo y profundo de las cosas, necesita de la luz divina.

Mas justamente a esto se ha cerrado la elucubración moderna (que en rigor, por ello, no es metafísica), y Lewis lo pone de manifiesto. Los seres fantasmales “cierran brutalmente las ventanas” del ómnibus rechazando la luz... Y el caso aducido anteriormente, del teólogo que prefiere sus ocurrencias subjetivas a mirar la realidad misma, y que mantiene a Dios como un “tema” sobre el que discurre en lugar de contemplarlo, son ejemplos más que suficientes para pintar esa negación trágica del Iluminismo y sus descendientes –racionalismos, empirismos, idealismos, hasta las fantasías románticas y surrealistas–. El Iluminismo es lo contrario de la iluminación. No quiere “ser iluminado” por la luz divina, se niega a la Revelación de Cristo, pues se proclama “autosuficiente”. Por este orgullo, pierde en consecuencia la inteligencia. Habiendo desperdiciado la oportunidad que le ofrece el Salvador –que vino a iluminar a quienes se hallaban “en tinieblas y sombras de muerte”–, se queda en ellas. Locke, en su *Ensayo sobre el*

5 Albert Camus, *Prométhée aux enfers*, *El Verano*, Paris, II. Essais, Gallimard, 1962.

entendimiento humano, dice esto con una imagen equivalente: “quedémonos a la orilla del mar”. ¿A qué sondear sus profundidades? Y cuantos siguen a este impulsor del Iluminismo hacen lo mismo: se conforman con un conocimiento superficial, de tipo científico, o elucubran sistemas que proyectan desde la mente. Desaparece la metafísica. Y así sucede lo que observa Camus: estos “pensadores” han metido la cabeza en la “cueva”, y allí adentro “meditan”, como los “topos”⁶.

Lewis repite este diagnóstico, pero mostrando un remedio: hay que dejarse elevar desde este “pueblo gris” que es la cultura moderna, y animarse a contemplar lo que la luz divina revela a la inteligencia.

La “meseta luminosa”: ámbito de revelación y despliegue de la inteligencia

Llegado al ámbito de la revelación, a la alta “meseta luminosa”, lo primero que le es dado al narrador es calar aún más en su estado actual y el de sus compañeros.

A plena luz eran transparentes, absolutamente transparentes... nebulosos... opacos... Eran en realidad fantasmas... Sus pasos no aplastaban la hierba... (p. 27).

Es que el alma humana –su inteligencia y sentimientos– crece o decrece de acuerdo con lo que come. Estos seres están menguados porque en el “pueblo gris” –entendamos: en la cultura moderna– se les ha servido esa mezcla malsana de bueno-malo, bello-feo, verdad-mentira, que no nutre, sino enferma. Es un veneno engañador, que aparentemente atiborra el alma, haciendo, como hace el cáncer, crecer una excrecencia malsana, en detrimento de la buena materia anímica, que mengua y enflaquece hasta consumirse. ¿Cómo podrían estas al-mas debilitadas tragar el alimento de una realidad cabal y sin mezcla, intrínsecamente verdadera, buena y bella? Lewis figura su incapacidad al decir que “sus pasos no aplastaban la hierba” y que “les dolía” cuando trataban de avanzar sobre ella: están por completo desacostumbrados al contacto con lo real.

No es que carezcan de capacidad intelectual, pero la tienen atrofiada. Entonces, tras el primer don ofrecido en la meseta –comprobarlo–, el segundo será acordarles la oportunidad de desplegarla y desarrollarla. Hay allí buen alimento, si es que lo aceptan, para nutrirse e ir “cobrando cuerpo”: cosas sólidas y atractivas, llenas de sentido, buenas para tocar, ver, oír, oler y saborear, y consecuentemente “inteligir”.

Este tema de “nutrirse de lo inteligible” ocupa gran parte de la obra de Lewis

6 Albert Camus, *L'Exil d'Helène*, *El Verano*, id.

y es el gran tema de la filosofía realista, aclarada por la fe, que han desechado los fantasiosos modernos. En su lugar han inventado anteojeras y linternas artificiales. La inteligencia, unida al corazón que es afectado y conmovido, se desarrolla con la comida y bebida de la obra de Dios, de la verdad, bondad y belleza de las cosas, para descubrirlo y llegar a estar en condiciones de plenificarse y ser feliz del todo –con y en su presencia–.

Por ello, la Meseta es como un Paraíso Terrenal, en que no está Dios, sino su creación, como recién salida de sus manos: sus obras resplandecientes que hablan de Él “sin palabras” (Salmo 18) porque se le parecen, aún más de lo que una obra de arte al artista. Contemplar es adentrarse en las creaturas y, a través de ellas, conocer a su Creador. Mirando y admirando, mirando con atención y mirada enamorada, se revela Dios.

La meseta luminosa y la ocasión de responder personalmente al llamado de Dios

La meseta luminosa es, pues, el ámbito de la contemplación, de la nutrición espiritual y del consecuente crecimiento del alma, al desplegarse su facultad cognoscitiva. Pero esto supone querer hacerlo. Por eso esta meseta es también el lugar de la libre opción. Ofrece la oportunidad de ejercitar otra muy noble facultad humana: el libre arbitrio. Ésta es la capacidad que al hombre lo hace “persona”: el poder responder personalmente a la Persona divina que lo llama; responder con amor al Amor.

Contemplar ayudará a optar, pues lo admirable atrae; y además están las palabras de Dios que, como Revelación, explican y aclaran. Estas palabras serán dichas por “seres cabales y fuertes”, que expresamente para ello descienden de la Montaña. Son almas humanas que ya gozan de la visión beatífica, enviadas por Dios, instrumentos de su gracia misericordiosa en cuanto se apiadan de esos seres miserables; conocidos que se interesan por su suerte y que, llenos de caridad, se abajan de su beatitud para ponerse a su servicio. En esta ayuda de amigos y allegados vuelve a relucir (como en la *Divina Comedia*), el dogma maravilloso de la Comunión de los Santos. El santo es generoso y efusivo, no se guarda la santidad para sí, sino que, brindándola –que es lo mismo que irradiar a Dios– santifica al prójimo.

Con tales ayudas –contemplación de la Creación y encuentros personales–, que son manifestaciones de la gracia de Dios, quien personalmente convoca a cada persona humana, ésta tiene la oportunidad de ejercer su libre albedrío. Esto encierra asimismo una lección para la cultura moderna, una de cuyas características es relegar lo religioso a la esfera subjetiva y pretender que a Dios se toca allí de manera directa. No admite los intermediarios, ni la creación, ni la Iglesia, y en algunos casos ni siquiera a Cristo, el Mediador por antonomasia. La cultura moderna ha abandonado la importante noción de mediación y, con ella, la de

“encarnación”. Desde que Descartes separara tajantemente la *res spiritualis* de la *res extensa* –el *espíritu* de la *materia*–, no se concibe en consecuencia que lo espiritual se encarne: se diluye el concepto de Cristo como Dios encarnado, y mucho menos se acepta que Él viva en su Iglesia; no se la ve como su “Cuerpo”, como tampoco se admite su presencia real en la Eucaristía.

Aquí, en cambio, Lewis subraya las “mediaciones”. Y logra hacer notar, con gran perspicacia, que, en todos los casos, la elección tiene lugar justamente entre la realidad –que implica la mediación– y la fantasía subjetivista –que la rechaza–.

Salir del “yo” para encontrarse con “el otro”

Cada uno de los fantasmas ha llegado a serlo precisamente por haberse atado a una fantasía, que en su egoísmo ha idealizado. Por cierto que dichas fantasías provienen de la realidad –puesto que la mente humana no puede crear de la nada–, pero es que las cosas las han convertido en “puras” fantasías al aislarlas del resto de la realidad y al encerrarlas en el “ego”, al que han inflado como si fuera lo único existente. En el Idealismo “no existe lo otro”, como observa T. W. Adorno: “el yo no encuentra más que el yo”.

Ya vimos el caso del “teólogo” que aisló el “tema” teológico elaborando teorías desvinculadas de la realidad de Dios, del que se desinteresa. Otro ejemplo aleccionador es el del artista que va a la meseta sólo para encontrar “temas” para sus cuadros, pero encuentra decepcionante lo que lo rodea. Aferrado a su “*metier*”, a su “estilo artístico”, y sobre todo al éxito que con ellos logra, no mira nada más, insensible por completo a la belleza del lugar. Se niega a la opción que se le presenta bajo esta pregunta:

¿No podrías, aunque fuera un solo instante, fijar la atención en algo que no sea tu propia persona? (p. 58).

Así sucede en todos los casos: siempre hay un ente mental, ficticio, que el “yo” ha inflado y con el que se identifica, y que por ello trata de preservar a toda costa. Y no lo suelta, por miedo a “lo otro”, como si el abrirse a eso “otro” con-llevase su propia destrucción. Pero aquí se verá lo contrario, justamente aquello sobre lo cual nos alerta Jesús: “Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien la pierda por amor a mí, la salvará”. Esta paradoja se explica porque cada vida, cada persona, proviene de Él, se sustenta en Él y es rescatada por Él. En el misterio del “yo, no yo, sino que Cristo vive en mí”, se realiza en verdad cada ser humano.

Y en efecto, los que se animan a desprenderse de sus fantasías, experimentan de inmediato una liberación y expansión de su ser. Dejan de ser fantasmas y se vuelven seres cabales. Despojados de aquellas ilusiones tiránicas, de aquellos espejismos que antes los esclavizaban, estas almas consiguen ver y conmoverse, respondiendo al atractivo de la realidad que se les ofrece. En la medida que lo

hacen, ven aumentada su capacidad visiva y sus fuerzas como para adentrarse en esta realidad. No sólo se les despierta el ansia de marchar por ella, sino que comprueban que ahora sí pueden hacerlo, y así ir ascendiendo hacia la Montaña esplendente, la Morada de Dios.

Un presupuesto indispensable: reconocernos “pecadores”

Observemos otra cosa: llano es el “pueblo gris” y llana es la “meseta iluminada”. Estos dos ámbitos figuran la vida en la tierra, la experiencia temporal. Pero uno está inficionado de confusión y es mortífero; el otro está vivificado por la gracia y es vivificante, al mostrar con nitidez la distancia que va del bien al mal. Sólo la gracia permite el traslado del primero al segundo. Sólo en éste las facultades humanas tienen oportunidad de desplegarse. La inteligencia sólo puede ver cuando hay luz –y la Luz es Cristo– y la voluntad sólo puede elegir cuando está animada por Su encuentro. Esto es buena doctrina cristiana, además de un buen *insight* psicológico. “Yo soy la Luz”, “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

Pero justamente el mundo moderno, el que se deriva de la cultura de la *Aufklärung*, es apóstata. Rechaza a Cristo y su Redención; predica que el hombre no es pecador y que puede arreglárselas perfectamente por sí mismo con los recursos de su sola naturaleza; proclama que la Iglesia lo ha engañado man-teniéndolo en una condición infantil, ingenua, y que ahora ha llegado el tiempo de su madurez y de abandonar su anterior candidez; declara que ya no hay que depender de su tutela ni de gracia alguna que ella pudiera administrar, sino que basta con que el hombre desarrolle sus potencialidades naturales, hasta en-tonces ahogadas, para lograr un mundo justo y confortable, independiente del anterior servilismo eclesial. En suma, el hombre de la Ilustración ha rehabilitado a su modo la vieja pretensión del *pelagianismo*: la autosuficiencia de la naturaleza, prescindiendo de lo sobrenatural. Y precisamente Lewis muestra seres así, ilusamente “inocentes” y que reivindican sus pretendidas virtudes y méritos humanos.

En el capítulo IV aparece un hombre de “buena conciencia”, un “*honnête homme*” que firma no tener de qué arrepentirse, entablando el siguiente diálogo con el ser cabal que ha venido a ayudarlo.:

–He procedido con rectitud durante toda mi vida. Haré valer mis derechos... conseguiré lo que en justicia me corresponde.

–¡Oh, no! ¡... no lo que te corresponde, sino algo mucho mejor!

–Te repito que lo único que reclamo son mis propios derechos. No estoy implorando la misericordia de nadie... (p. 33).

Está claro que su fantasía consiste en limitarse autosuficientemente a reglas éticas naturales, que engreídamente declara cumplir, sin necesidad de ningún *plus* sobrenatural. Y se indigna tanto más cuanto el que se lo menciona ha sido un ex-emplado suyo, enredado nada menos que en un asesinato (del que, por cierto,

se arrepintiera). Así es que le espeta, muy seguro:

–A mí no me van a poner en el mismo nivel que a ti... La caridad no me interesa ni me hace falta. Soy un hombre decente...

–Ninguno de nosotros lo ha sido... –le observa su interlocutor–. Gracias a Dios, eso no tiene importancia... (p. 34).

El ex-asesino perdonado sabe por experiencia lo que dice, y por eso constituye un buen instrumento de Dios para hacerle entender que no interesa ya si fue o no decente, siempre que acepte su gracia y se arrepienta. Pero ante la obstinación engreída del otro, no le queda más remedio que revelar que bajo su fachada ética de “hombre decente”, de la que hacía alarde en público, encubría malos sentimientos, evidenciados en su vida privada. Esto lo enfurece:

–¡No voy a tolerar tus insolencias, y menos si se refieren a mis asuntos privados! ¡No acepto que me den lecciones! (p. 35).

Pone en evidencia así la típica soberbia de la ética formal moderna: cada uno se da su propia regla de conducta y, sobre todo, importa lo externo. ¡Nada de exámenes de conciencia! Donde Dios es rechazado, también la interioridad ha desaparecido. Esta presuntuosa superficialidad es uno de los rasgos permanentes de la modernidad ilustrada. Su moral es formal e individualista, sólo atenta a las repercusiones públicas de la conducta, y por lo tanto impermeable al llamado divino, que invita a una realización mucho mayor cuya meta es nada menos que la felicidad. El hombre pretendidamente “maduro” se priva de ella por lo que, paradójicamente, resulta pusilánime; se achica y retrocede a un estado menos que infantil, al reprimir en él las posibilidades latentes con las que podría haberse realizado, de haber atendido a los mandamientos de la ley de Dios. ¡Para ello nos han sido dados, para guiarnos a nuestra plenitud! La vida tiene un sentido: ¡la desgracia del hombre de la modernidad estriba en que no se pregunta por el sentido de la vida!

No reprimir las preguntas metafísicas y dejarse atraer por el misterio de la realidad

–La sed se ha hecho para el agua; las preguntas para la verdad (p. 43),

recuerda uno de los seres cabales y fuertes en otro pasaje de la obra. Pero la modernidad ahoga la sed de verdad al prohibir las preguntas metafísicas. Más que superficial, es chata. no quiere saber nada ni de alturas ni de honduras. Ha reemplazado la infinita profundidad de lo real por una infinidad de fantasías. En lugar de adentrarse en el misterio, divaga infinitamente. En el “pueblo gris”, las gentes fantasean casas y así las cambian, reinventando otras, y se trasladan horizontalmente, de un lugar a otro, alejándose cada vez más del corazón de las

cosas y de sí mismos.

Pero en la meseta hay cosas reales, densas: cosas para morder, para comer de su verdad. Ahora bien, ya hemos visto cómo les cuesta hacerlo a los fantasmas habituados a vivir de sus fantasías. ¿Cómo lograr el cambio? En el capítulo IV se hace evidente que la única disposición requerida para aprovechar lo que ofrece esta meseta iluminada es la buena voluntad. El narrador demuestra tenerla: presta atención, se deja atraer, y por ello va descubriendo los encantos del lugar. Aunque le cuesta caminar en ese pasto duro, se sobrepone al dolor de sus pies; cuando halla un río, prueba andar por el agua, que le resulta dura también, pero al menos más lisa. Su comentario: “la superficie fría y tersa del agua relumbrante..., deliciosa bajo mis pies”, dice ya de un incipiente disfrute; si bien no puede aún “sumergirse” en ella, como habría deseado, como los peces felices que allí viven. El bien es arduo, pero su atractivo hace superar las dificultades. Camina penosamente, avanza de a poco, pero camina y avanza. Así atraído, va a dar a una cascada:

Un ruido inmenso, pero agradable, llenaba el bosque... Descubrí la causa de esa vibración sonora...: un lago ondeante y espumoso, en el cual, arrojándose por sobre las rocas multicolores, caía una cascada. Por segunda vez advertí que mis sentidos estaban registrando impresiones que excedían su capacidad normal (p. 46).

La gracia obra *ex parte objecti* y *ex parte subjecti* cuando media la buena voluntad. La capacidad natural se refuerza al animarse a ejercerse ante lo real: “Mi capacidad se adaptó a la dimensión y al estruendo como una embarcación bien construida «toma» una ola gigantesca”. Su buena voluntad es recompensada con el goce: “Me arrebató una exultación inmensa. El ruido, gigantesco, era como una carcajada de gigante...” (p. 47). Así, ejercitando y aprovechando sus facultades, sobrepotenciadas además por la gracia iluminante, va mirando y admirando, hasta descubrir al cabo un árbol maravilloso:

Cerca del lugar donde la catarata se precipitaba en el lago, crecía un árbol. Humedecido por la tenue salpicadura del agua, semivelado por el vaho de las espumas, centelleante a causa de los innumerables pájaros multicolores que revoloteaban en él, su inmensa fronda encrespada se erguía sobre el lago como un nimbo... En medio de su follaje fulguraban innumerables manzanas de oro (p. 47).

En pleno éxtasis, cuál no sería su asombro al percibir, de pronto, una cosa “extraña”: algo así como un vaho oscuro que contrasta con aquel bellísimo conjunto. ¡Ese vapor sombrío resulta ser alguien que le hace señas, atemorizado, como previniéndole de un peligro! ¡Y su asombro crece cuando se da cuenta de que se trata de aquel compañero de ómnibus, el que le había dicho que venía en busca de “cosas reales” para venderlas en el pueblo gris, que está tratando de apoderarse de las manzanas! Su temor proviene en parte de su mala conciencia

de ladrón, pero sobre todo de que comprueba i que la realidad misma se defiende del robo!

... intentó deslizarse entre las hojas, pero el plantío era demasiado tupido y las hojas no cedían, y allí, ante la barrera de lirios, le vi apretar las manos y retorcerse en una agonía de frustración (p. 48).

Lo que le está pasando a este fantasma muestra a las claras su actitud íntima, egoísta e irrespetuosa hacia las cosas. A este hombre lo mueve la codicia. Esta intención posesiva le entenebrece la mirada y, falto de pureza, no percibe la belleza. Él no se entrega a la realidad, y la realidad no se entrega a él. ¡Este pobre desgraciado insiste en su mezquino intento lucrativo, sin sospechar siquiera la riqueza real que allí se le está ofreciendo! Tan negado está a ella, tan poco preparado a recibirla, que cuando, al cabo de su penoso esfuerzo, consigue arrancar la más diminuta de las manzanas de oro, ésta lo agobia con su peso –el peso de lo real– y así, “acarreando su tortura”, emprende lastimosamente el regreso al ómnibus... Tampoco llega a oír la voz que se dirige a él en ese momento; pero la oye el narrador, justamente porque su actitud es muy distinta:

–Tonto, deja eso –dijo la voz..., la voz de la catarata; y entonces vi, sin dejar de verla como catarata, que era a la vez un ángel brillante, erguido como un crucificado contra las rocas y que se vertía a sí mismo perpetuamente hacia el bosque con júbilo estrepitoso. –Necio –dijo–, suelta la manzana. No la puedes llevar allá. No cabe en el infierno. Quédate y aprende a comer de esa fruta. Con gozo te enseñarán a hacerlo las hojas de los árboles y las hierbas del prado (p. 49).

Este episodio es tan impresionante como esclarecedor. El árbol y la catarata que salta y se entrega gozosamente son dos imágenes de vida: buena, bella, fecunda, dadivosa. Este sentido se percibe desde un principio; pero luego, estas realidades dejan traslucir su secreto más hondo: allí se revela Cristo crucificado como fuente de la Vida. En la entraña de la meseta iluminada está el Verbo de Dios “por el que fueron hechas todas las cosas”, el Verbo encarnado, el Re-dentor, que, tras el desorden que a ellas alcanzara por la rebeldía humana, vino a restablecerlas y renovarlas. Al hombre de buena voluntad, coadyuvando la gracia, esto se le hace patente. El inmenso atractivo de la catarata, con su sonido y su esplendor, está causado por Su presencia. El narrador, al principio, no la percibía; pero en la medida en que se fue abriendo a su encanto, terminó por descubrirla en forma de brillante ángel crucificado. Llegó a escuchar Su voz, ya no tremendo son de caída de aguas, sino suave e invitadora. Esta voz reconviene al pobre fantasma, tratando de hacerle comprender su error: que esa fruta no se roba ni se vende porque tampoco se compra; esa fruta se ofrece gratis, para ser saboreada. Y también que esa poma, por ser tan valiosa, tan densa y nutritiva, es incompatible con el infierno, ese mundo desleído y casi irreal al que se condenan quienes obstinadamente persisten en su cerrazón, en sus egoístas fantasías, en su

afán de dominio. Hay que abandonar ese infierno inconsistente, y para disponerse a gustar el Bien divino saciante, el fruto de Vida, hay un camino, aquí señalado: las creaturas, figuradas por las “hojas y las hierbas”. Hay que prepararse como lo está haciendo el narrador: caminando, mirando, y en general abriendo los sentidos y el corazón a los sonidos, olores y sabores de la creación. Ésta es la vía de la contemplación.

Superar la acedia

Ahora bien, esta vía ha sido particularmente descartada por la cultura moderna, en principio por esa pretensión autónoma de “iluminar” y no querer “ser iluminado”, que es la característica del Iluminismo, dando así lugar a sistemas de explicación de la realidad cerrados al misterio. De este modo, los hombres se han ido acostumbrando a recibir dichas “interpretaciones”, que les vienen “servidas” desde la publicación de la *Enciclopedia*, por ella y por los diccionarios, los manuales, los medios periodísticos y hasta por la propaganda comercial. Esta facilidad de encontrarlo todo hecho resulta cómoda, sin duda, pues elude el esfuerzo personal de ponerse en contacto con “lo otro”. Esto es lo que nos hace observar Lewis en otra escena. Poco después, el narrador se topa con otro fantasma que elude ese esfuerzo: ese ir adentrándose de a poco en la realidad misma. Apenas ha echado una ojeada a la meseta cuando ya decide retornar al pueblo gris. ¿Por qué? Justamente, por comprobar qué duro le resulta el contacto con la realidad:

—Ya he visto todo —le explica—. No se puede comer la fruta, no se puede beber el agua, y caminar por ese césped representa a uno muchas horas para adelantar unos metros. Un ser humano no puede vivir aquí. Nos hablan de las posibilidades de quedarnos, pero es pura faramalla (pp. 51-52).

En esta declaración se revela la acedia: el rechazar el llamado divino porque significa un esfuerzo. El bien es arduo, pide salirse del mundillo egoísta y confortable en que uno se ha instalado, y además lleva tiempo adentrarse en la verdad de las cosas... Entonces se pretexto: “no vale la pena”, y, como la zorra, se disculpa uno diciéndose que “las uvas no son buenas”... Pero lo que sucede es que, habiéndose habituado el hombre a aquellas interpretaciones que son como comida premasticada, se le ha debilitado su facultad intelectual, su capacidad de morder directamente en la realidad. Es lo que expresa este fantasma frustrado. Dice haberlo visto “todo”, pero nos damos cuenta de que ha visto todo a la ligera. Su actitud ante la meseta iluminada es la de un “turista”, tal como lo fuera en la tierra. Dice haber visitado todos los países del mundo, y agrega no haber encontrado en ninguno nada interesante. Por ello es un fantasma: porque jamás se ha nutrido de cosas densas. Ha transitado superficial y rápidamente, de un lugar a otro, sin abrirse a sus peculiaridades. Ha patinado por la realidad, y la describe

insulsa. Entonces se queja de que siempre lo engañaron, y de aquí es igual:

–Es pura propaganda... una trampa para turistas... mera publicidad... una farsa... siempre la misma broma... (p. 53).

Evidentemente siente frustración, pero la achaca a otros, no a sí mismo. Se las da de “experimentado”, siendo así que no ha hecho la menor auténtica experiencia (que consiste, como la palabra misma lo indica, en extraer todo aquello que nos ofrece un determinado camino cuando realmente lo recorremos: *ex-per-ire*). En verdad, es por pereza acédica que se ha hecho positivista. Dice como Moravia: “Una cosa no es más que una cosa”. El positivismo es otra de las excrecencias del Iluminismo, pero con pretensión de realismo: es un realismo superficial y mezquino, lo contrario del auténtico realismo, que significa penetración hasta la médula de las cosas. Mas como la superficialidad no puede conformar el ansia profunda del alma, resulta un desencantado. Entonces busca culpables. No deja de repetir que los culpables son “ellos”: sus padres, sus maestros, los sacerdotes, todos cuantos le dijeran que había verdades y valores. Los acusa de haberlo engañado. Creerles, según él, era una ingenuidad, y ahora se empeña a toda costa en desingenuizar al narrador. Lo mismo hizo la Ilustración; la consigna de un Voltaire era “*déniaiser*”, y esto significaba descreer de toda la tradición realista y renegar de la fe. Esta desconfianza radical tiene por causa inconfesada la pereza acédica, que aquí aparece desenmascarada por las quejas mismas del fantasma:

–... ¡Otro cuento del tío! Créame..., siempre reaparece la misma camarilla. Siempre y en todo... Desengáñese; los que manejan todo esto aquí son los mismos que manejan el pueblo allá abajo. ¡Nos están tomando el pelo como de costumbre! (p. 52).

Este débil de espíritu, para disculparse, acaba confundiendo lo divino con lo demoníaco, el Cielo con el Infierno, y para afirmar dicha mezcla, repite un argumento típico contra Dios:

–... Si están en estado de guerra (léase: el cielo y el infierno), ¿por qué no hacen nada? Si la versión oficial fuera verdad, esa gente de aquí atacaría al Pueblo y lo liquidaría. Porque para eso les sobra fuerza. Si realmente quisieran rescatarnos, nada se los impediría... (pp. 52-53).

Lo irrisorio de tal acusación estalla al encontrarse él en el mismísimo ámbito del “rescate”. Por pura gracia ha sido elevado hasta allí, y la gracia fluye en aquella luz sobrenatural que debiera haber aprovechado para ver y sentirse atraído. Rechaza el bien que allí se le ofrece, no quiere elegir entre el bien y el mal; y justamente por debilidad, por las consecuencias que entrañaría este acto de libertad, niega la libertad:

–¡Elegir! ¡Vaya una gracia! ¡Lo único que faltaba! Yo no tengo por qué organizar ni decidir nada. La que tiene que inventar algo es la Dirección, ¿no es así? Para eso está. Eso no nos incumbe a nosotros. Es precisamente el error de todos los curas y moralistas. Insisten en que nosotros cambiemos. Si la gente que maneja es tan inteligente y poderosa, ¿por qué no encuentran algo que le agrade al público? ... ¿Se imagina lo que ha de ser la lluvia en este lugar? ¿No ha pensado nunca en eso? ¿No se le ha ocurrido que con esta clase de agua cada gota lo va a perforar como bala de ametralladora?... ¡Pero a *mí* no me van a pescar! (pp. 53-54).

“Recuerda, hombre, tu dignidad”

Y así descubrimos el contrasentido de la prédica iluminista: comienza anunciando el nuevo evangelio de la libertad y autosuficiencia humanas, y termina negándolas. Este descreído tiene miedo. Es que, negada la protección divina, su Providencia y acción salvífica, el pensamiento ilustrado ha tenido que inventar un dios déspota, a imagen del hombre que quería forjar. La mirada corta del empirista y la suspicacia del volteriano, sumadas al “saber es poder” de Bacon, necesariamente van a parar a la dialéctica del “amo y esclavo”, en la que el “amo” por antonomasia son “ellos”, como dice este fantasma: la religión es-clavizadora de la cual hay que liberarse (para caer en manos del “superhombre” y su “voluntad de poder”!). La duda escéptica y la desconfianza de los “desengaños”, encubridora de su debilidad acédica, es decir, del rechazo de la alta vocación sobrenatural del ser humano, so capa de “dignificarlo”, lo lleva a entregarse a cualquier déspota encumbrado. Esto es lo que ha presenciado el siglo XX. El fantasma ha aludido precisamente a esas guerras de poder, pero en lugar de discernir en ellas el poder desenfrenado que se han arrogado los hombres desde que declararon su autonomía, lo mete todo en la misma bolsa: ¡entre ellos y el dios déspota que inventaron no hay diferencia!

Se llega entonces al estado epigonal del Iluminismo: el escepticismo que descrea todo, que lo mezcla todo, tanto da... Y éste es el “*casamiento del Cielo y del Infierno*” que delata Lewis proponiendo aceptar, con la ayuda de la gracia y de la fe, “*el Gran Divorcio*”: rehabilitación de la inteligencia para ver y discernir, y de la voluntad para elegir bien, para convertirse y ser responsable de sí mismo y del mundo; dejarse “sorprender por el Gozo” y ser feliz con su encuentro. Su exhortación –que de escucharse sí que llevaría a un verdadero *post-modernismo*– es la misma que la de San León Magno: “Recuerda, hombre, tu dignidad”.